

Isidora Aguirre y la reconstrucción de la historia en *Lautaro*

Patricia E. González

Lautaro, de la chilena Isidora Aguirre, es “una epopeya sobre el pueblo mapuche,” como bien lo dice el subtítulo de la obra. Los mapuches constituyen un pueblo que luchó ferozmente contra los españoles, de 1536 a 1655, época en que las batallas consecutivas impidieron una y otra vez la dominación completa del territorio mapuche. Los invasores cejaron en su empeño, y se estableció la frontera. Durante dos siglos los habitantes de la Araucanía lograron conservar sus tierras y vivir independientemente de la colonia española, aunque sí existieron nexos, comercio e intercambio entre los dos pueblos fronterizos. Durante ese período de convivencia los mapuches experimentaron un proceso de aculturación lento y significativo que facilitó más tarde la incorporación definitiva del territorio a la República chilena. Por lo tanto, no fue hasta después de la independencia, que se inició una vez más la conquista del territorio mapuche. El avance militar anticipaba una lucha sangrienta ya que permanecían en la memoria de todas las feroces contiendas entre mapuches y españoles del siglo XVI y XVII, pero para sorpresa de todos no hubo ninguna oposición formidable. La invasión se inició en 1862, y el proceso completo duró veinte años, basado en grandes promesas, palabras altisonantes, amenazas, temores y escaramuzas. La convivencia y dependencia fronteriza había limado los odios que habían existido en el pasado.

A partir de 1883, fecha en que desaparece la frontera, los mapuches se enfrentan a la paulatina expropiación de sus tierras, y aún hoy siguen en pleito por ella. Es necesario anotar aquí que mapuche significa “gente de tierra,” de ahí que la identidad del pueblo esté íntimamente ligada al suelo que habitan. Cuando Pinochet y su gobierno empieza a exigirle al mapuche que compre (y pague) la tierra que ha habitado por generaciones, surge una vez más el conflicto iniciado en 1536 cuando don Pedro de Valdivia cruzó el Bío Bío y se internó en territorio mapuche; surge, una vez más, una afrenta contra la identidad del mapuche; surge, una lucha.

Isidora Aguirre escribe esta obra en 1982 a petición de un amigo mapuche, y según ella misma dice: “me rogó que escribiera una obra de

teatro sobre su pueblo para apoyarles en su lucha de hoy.”¹ La lucha de hoy la definen los mapuches como la lucha por conservar su identidad, por integrarse a la sociedad chilena mayoritaria sin ser absorbidos por ella. Es así como los mapuches insisten hoy, como han insistido siempre, en conservar la tierra en comunidad, su modo de vida, su lengua, sus cantos y sus tradiciones como algo vivo y cotidiano. *Lautaro* de Aguirre apoya la lucha del mapuche y lo corrobora el que desarrolle la primera gran victoria de ese pueblo ante el enemigo invasor. Según documentos históricos, el primer gran levantamiento mapuche ocurrió en 1553 y culminó en la batalla de Tucapel con la derrota y muerte de don Pedro de Valdivia. Este primer enfrentamiento guerrero entre ambos pueblos hace que los mapuches, con Lautaro al mando, desalojen a los españoles de sus tierras y desencadene los cien años de encarnizadas disputas. Los mapuches nunca fueron vencidos ya que el establecimiento de la frontera permitió que los indígenas conservaran sus tierras. Hoy en día los mapuches creen que nunca han sido vencidos aunque la sociedad establecida les niegue los derechos y les discrimine. *Lautaro* por lo tanto, contribuye a ilustrar, reforzar y perpetuar un pueblo en lucha, amenazado hoy en su identificación más íntima: la tierra.

La obra comienza en un momento determinado histórico: la llegada de los “huincas” (extranjeros en mapuche) a la Araucanía. El conflicto principal es la relación subyugador-subyugado que Isidora Aguirre desarrolla en una serie de episodios que son relativamente independientes, al estilo brechtiano. La dialéctica opresor-oprimido divide la obra automáticamente en dos espacios escénicos, en dos historias paralelas, en dos personajes centrales: los españoles, Valdivia; los mapuches, Lautaro. Como ejes centrales del drama, Lautaro y Valdivia encarnan el violento choque entre las dos culturas, y el enfrentamiento personal de los dos es un botón de muestra dentro de los acontecimientos de la época.

Para escribir esta obra Isidora Aguirre se remite a la historia y a la antropología. Utiliza especialmente las cartas de Valdivia al rey de España, y el contacto directo con el pueblo mapuche. De este último se perfila el personaje de Lautaro ya que según parece, existen pocos datos escritos sobre él.

La fábula, narrada bajo los cánones del teatro épico histórico brechtiano, no presenta el conflicto entre estos dos mundos como una historia entre buenos y malos, entre “salvajes nobles” y “sádicos españoles.” La obra no es una visión maniquea del problema y Aguirre sigue al maestro alemán en la estructuración de su obra. Brecht dice:

En la fábula, la concatenación de los acontecimientos debe realizarse de manera tal que éstos estén claramente separados y al mismo tiempo relacionados entre sí. Los acontecimientos se contradicen recíprocamente y se continúan. La fábula debe aparecer como una unidad de una suma de contradicciones.²

Y Aguirre presenta el punto de vista de la sociedad a través de la visión del mundo de las dos sociedades en conflicto de la época. No se relata un momento en la vida de Valdivia y Lautaro, como en la dramaturgia aristotélica, sino que el desarrollo de sus personajes está íntimamente ligado a

su función social y al papel que ambos juegan, dentro de los sucesos de la época, que afectan a las dos culturas que representan. Brecht, y por lo tanto Aguirre, aspiran que al presentar el momento histórico con toda su problemática conflictiva, el espectador asuma una posición crítica de la historia y no que sea la obra misma la que de antemano juzgue los sucesos. Por lo tanto la disyuntiva conflictiva surge desde el mero principio: Valdivia "captura" al mozuolo Lautaro, quien tendría dieciséis años, y le lleva a servir a su casa. Lautaro convive con su amo, el Apo Valdivia, dos años—como dos siglos fueron también los de convivencia fronteriza. Del Apo, Lautaro aprende tácticas de guerra, el cuidado y manejo de los caballos, las costumbres del "enemigo," la lengua, sus formas de vida, pero sobre todo aprende que el español es vulnerable, y cuales son esos lados flacos que le debilitan. Esos dos años son para Lautaro de convivencia, aprendizaje, humillación y servicio. Pero también son dos años que crean una dependencia entre los dos. Se establece entonces una relación padre-hijo, maestro-discípulo entre oponentes de los bandos enemigos. A través de la primera parte vemos como Valdivia quiere acercarse al joven mapuche, quiere que comande sus tropas, quiere que vaya a España, quiere hacer de él el hijo que no tuvo, pero la reacción de Lautaro es reacia. Lautaro mantiene su distancia y su posición, recalca su posición subalterna temporal. En el siguiente diálogo podemos ver claramente la relación conflictiva que existe entre los dos:

LAUTARO—Llámame Lautaro como yo te llamo Valdivia.

VALDIVIA—¿Nunca me dirás "don" Pedro?

LAUTARO—Dices que somos iguales.

VALDIVIA—Tu raza como la mía, es noble. Pero no somos iguales en edad. . . . pero en ti confío.

LAUTARO—¿En mí tu prisionero?

VALDIVIA—Eres libre.

LAUTARO—Tú mandas, yo obedezco.

VALDIVIA—¡Trabajas para mí, mil veces terco!

LAUTARO—Es suave el yugo, pero ES yugo.

VALDIVIA—Si el yugo te incomoda ¿por qué no huyes?

LAUTARO—Un día tendré que hacerlo Valdivia.

VALDIVIA—Me asombras. No hay oídos como los tuyos para mis discursos y hay en tus ojos dulzura si te descuidas. ¿Por qué de palabras me agredes? (41)

Lautaro se encuentra en este momento dividido entre el respeto y amor hacia Valdivia, quien le protege y privilegia, y el deber de fidelidad hacia su pueblo. Se establece un triángulo entre Lautaro, Valdivia, padre putativo, y Curiñancu, padre real. Aunque no hay lazos de consanguinidad entre los tres, Lautaro se nos presenta, al final de la primera parte, como el vástago de los dos mundos, el híbrido español-mapuche que se ve obligado a escoger. En ese momento histórico Lautaro no tenía alternativa. La posible fusión de las dos culturas no era, ni es posible, ya que en el sistema social jerárquico, no son iguales. Por lo tanto Lautaro, en un doloroso regreso a sus raíces dirige la guerra contra el Apo Valdivia, contra el hombre que le había educado y que también le había dado las armas que podían derrotarle.

En el diálogo siguiente vemos como Lautaro resuelve las contradicciones y

conflictos que se le presentan al enfrentar su educación con sus orígenes. Mientras Lautaro se debate entre el amor hacia Valdivia y el dolor por la pérdida de Curiñancu, éste se le aparece y le aconseja:

LAUTARO—¡Mi alma está dividida!

CURIÑANCU—Responde entonces: ¿Quiénes son los que se fatigan en las encomiendas y lavaderos de oro y son duramente castigados si intentan huir? ¿Los extranjeros o los nuestros?

LAUTARO—¡Los nuestros, padre, son los que se fatigan y mueren!

CURIÑANCU—¿Quiénes llegaron a apoderarse de nuestras tierras y llegaron a imponernos sus leyes?

LAUTARO—¡Los extranjeros!

CURIÑANCU—¿Quién los manda, quién los guía?

LAUTARO—Valdivia. (49)

Curiñancu le hace ver a Lautaro la subordinación de su pueblo, y es entonces cuando éste decide volver y luchar con ellos para recuperar sus tierras. Isidora Aguirre nos demuestra en esta escena por qué el mestizaje entre el mundo mapuche y el español es conflictivo, y no es porque la mezcla de sangre cree traumas psicológicos internos—como se ha dicho—sino porque la estructura social percibe a esos dos mundos con ojos diferentes. La jerarquía dominador-dominado que existía entre esas dos culturas coloca a Lautaro en posición subordinada y, a pesar de que don Pedro le perciba como igual, nunca logrará tener, ni como mapuche, ni como mestizo, la misma posición que su protector. La única alternativa: recuperar la herencia robada a través de la lucha.

Una segunda disyuntiva interesante se le presenta a Lautaro cuando regresa a su pueblo y se presenta ante el consejo de ancianos. De entrada se le mira con hostilidad por su “contaminación” con el otro mundo. Se desconfía de él por tener ideas nuevas, por su manierismo “huinca,” por haber trabajado con Valdivia y sobre todo, por su juventud y osadía. Lautaro debe probar cómo su astucia y sus nuevos conocimientos pueden ayudar al mapuche a derrotar a su enemigo-opresor. Aunque Lautaro demuestra que las tácticas de los “huincas” podrían ser utilizadas para ventaja y provecho del guerrero mapuche, el consejo de ancianos no le acepta del todo hasta que el joven logra reducir su argumento al lenguaje íntimo identificable a todos los mapuches: la tierra, y la función que ésta tiene en este enfrentamiento. Lautaro les explica cómo la tierra puede llegar a ser la aliada del mapuche en la guerra ya que éste la conoce como la palma de su mano y el extranjero la desconoce. Más aún, la tierra puede llegar a ser también el incentivo de batalla, ya que el mapuche, en última instancia, lucha para no perderla; lucha por su libertad y por su tierra. Dice el texto:

El mapuche siempre amó su tierra con un amor entrañable.

Perderla ¡es perderlo todo! . . . Cada guerrero debe tenerlo presente al entrar en la batalla. Así la razón de esta guerra se convierte en su arma más poderosa. (65)

Es entonces cuando Lautaro es elegido el Toqui de los Toquis, escogido guerrero para conducir a su pueblo en la batalla contra el extranjero. Sabemos que logra su objetivo, que logra desalojar a los españoles del territorio

mapuche, pero que también insiste en perseguirlos más allá de sus tierras. Al salir de su tierra pierde lo que él había llamado "su arma más poderosa," o sea la defensa de la tierra que le pertenecía. Es aquí cuando se manifiesta su asimilación al sistema impuesto. Lautaro pretende seguir la guerra (¿la conquista?) en territorio que no es el suyo; convierte la batalla en una guerra; pierde apoyo entre los suyos y la fuerza que su tierra le daba. Quiere imponer su guerra en los indígenas del otro lado del Bío Bío, aquellos que fueron colonizados primero. El imponer y arrasar—lo que habían hecho los conquistadores españoles—debilitó su causa y le trajo el odio. Fue traicionado por los Picunche, otra tribu de la región y murió en una emboscada. Cuando a Lautaro lo mueve el deseo de conquista y no el de justicia, muere. Así lo presenta Aguirre, víctima de la misma fiebre que mató al Apo Valdivia.

Al narrar la batalla definitiva, Aguirre utiliza la técnica del distanciamiento brechtiano, pero continúa con el paralelismo de enfrentamiento de los dos mundos. Surgen dos narradoras, una española y otra mapuche que nos narran la batalla como si la estuvieran viendo en ese momento, y por supuesto, la pantalla televisora es el público. El público se convierte entonces en el campo de batalla, con todo lo que esta provocación implica. Las narradoras dicen al enfrentarse Lautaro y Valdivia en el campo de batalla:

MAPUCHE—¡Lautaro ha visto al toqui Valdivia!

ESPAÑOLA—Valdivia ha visto a Lautaro. ¡Fijos quedan ambos como dos estampas!

MAPUCHE—En el lenguaje del silencio todo se ha dicho.

ESPAÑOLA—"Mucho te quise . . ."

MAPUCHE—"Mucho te admiraba."

ESPAÑOLA—"Mucho te di . . ."

MAPUCHE—"Mucho te debo . . ."

MAPUCHE Y ESPAÑOLA—(en coro) "¡Maldita guerra que como un abismo separa!" (90-91)

Terminada la batalla, lo que resta de la obra es hilvanar cabos y concluir la narración para lo que Isidora Aguirre recurre una vez más a los narradores. Los actores se desenmascaran de sus personajes y se dirigen al público para contarles el final de la historia, o sea la muerte de Lautaro, suceso que ya todos de antemano conocen. En esta segunda parte de la obra, llegado al epílogo, el drama para; se deja de representar el evento histórico y se exige del público esa participación dialéctica de la que habla Brecht. Cuando Aguirre presenta en esta obra el conflicto histórico del pueblo chileno como un problema fundamental entre colonizador-colonizado, opresor-oprimido, o sea, un problema de estructuración social del sistema dominante, nos está abriendo las ventanas hacia la problemática nacional vigente. Es aquí donde la obra adquiere su dimensión política real, y su contemporaneidad.

Además de los personajes que se dirigen directamente al público, Isidora Aguirre utiliza a través de la obra escenas visuales y danzas que también presentan la dicotomía de toda la obra. Particularmente interesante es el comienzo del segundo acto donde se representan a los mapuches en los lavaderos de oro de Quilacoya, vigilados por el látigo y los soldados españoles. Toda la escena se desarrolla al compás de la música y pretende ilustrar la brutalidad de la situación y el sometimiento indígena. Al sonido de un

instrumento mapuche los indígenas se rebelan y reducen a sus opresores. Constantemente refuerza la música este proceso dual de los dos mundos. En cierta ocasión de danza y música típicamente española, surge la música mapuche y poco a poco se apodera del espacio. Se privilegia la música mapuche ya que en la realidad histórica el privilegio lo tienen los españoles. También se le da importancia a las danzas de los mapuches. En un par de ocasiones se celebran las danzas, una de acoplamiento y amor imitando a los pájaros y la otra, la danza de guerra. Estas danzas estructuralmente en la obra cumplen la función brechtiana del distanciamiento, pero a la vez crean en el espectador, sobre todo si es el mapuche, un vínculo emocional con el espectáculo que se presenta.

En el panorama teatral latinoamericano *Lautaro* no es un fenómeno aislado sino que está entroncado con toda una línea de teatro histórico épico que se ha propuesto como meta la re-escritura de la historia, el “decurrar” de la historia en términos brechtianos. Estas obras quieren sacar a relucir eventos históricos que han permanecido al margen ya que a los sistemas dominantes no les conviene presentar esa versión de los marginados. *Lautaro* ilustra esa problemática presentada en estos días de la relación centro-margen desde el punto de vista de la relación opresor-oprimido, el que tiene el poder económico y político se centraliza y entrona, el que no lo tiene, es marginado y separado.

Smith College

Notas

1. Isidora Aguirre, Prólogo, *Lautaro* (Santiago: Editorial Nascimento, Chile, 1982) 8. Toda referencia posterior a *Lautaro* se encontrará en el texto del trabajo con el número de página entre paréntesis.

2. Räte Mulicke-Weiler, *La dramaturgia de Brecht* (La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1982) 172.